

INTRODUCCIÓN GENERAL
LA CIUDAD, ESPEJO DE LOS CAMBIOS
EN LA SOCIEDAD COLOMBIANA

En la Colombia del siglo xx, la ciudad ha sido a la vez el teatro y uno de los principales motores de los cambios sociales. Aunque la urbanización y la fundación de las ciudades que concentraban todos los poderes constituyeran hechos inherentes a la historia de toda la América hispánica –desde la Conquista hasta nuestros días–, Colombia permaneció poco poblada y mayoritariamente rural hasta mediados del siglo pasado. Desde entonces, todo ha contribuido a convertir a Colombia en una nación urbana y a las ciudades en un medio cada vez más complejo. El movimiento de transición demográfica, iniciado a fines de los años 1930 y todavía inconcluso en el presente, hizo pasar a la población colombiana de 9 millones a más de 37 en medio siglo; evolución que en gran medida es una “transición urbana” porque la proporción entre los habitantes citadinos y los rurales se invierte en el mismo período: en el censo de 1993, las dos terceras partes de los colombianos vivían en ciudades, contra menos de un tercio que lo hacía sólo medio siglo antes. Más numerosas, las ciudades colombianas también son mucho más grandes que en el pasado, y algunas llegan a constituir grandes metrópolis: cuatro de ellas superan un millón de habitantes y Bogotá, la capital, que contaba apenas con 100.000 habitantes en los albores del siglo xx, hoy se ha convertido en una metrópoli con más de seis millones de habitantes.

Este movimiento de urbanización –cuyo despegue en los años 1930 coincidió con la crisis del modelo agrominero exportador y el proceso de industrialización por sustitución de las importaciones– fue alimentado al principio especialmente por la migración de origen rural¹ y por un marasmo en el campo, agravado por el episodio trágico de La Violencia en los años 1950. Pero el crecimiento urbano, en primer lugar ampliamente exógeno, rápidamente ha respondido a una lógica más endógena, y ha encontrado sus propias fuerzas en el dinamismo demográfico de poblaciones urbanas jóvenes y fecundas.

1 Sin provocar, no obstante, un despoblamiento del campo, cuya cifra total de población no cesó de aumentar a todo lo largo del siglo xx.

Este dinamismo demográfico también se fundamenta en la concentración –en las ciudades– de actividades cada vez más numerosas y diversificadas. Cada nuevo ciclo económico ha reforzado la preponderancia de las grandes ciudades: industrias, servicios intermedios y superiores, funciones de mando, funciones regionales, comercio, apertura internacional... Con la globalización y la liberalización de la economía, el grado de internacionalización de las ciudades colombianas devino, en la década de los años 1990, en un factor de desarrollo decisivo.

Así, las ciudades se han convertido –sobre el plano económico y social pero también político y cultural– en un prisma que permite observar las mutaciones que afectaron al país a lo largo del siglo xx, en particular en el curso de sus tres últimos decenios, que constituyen el período de referencia de este trabajo². En efecto, Colombia experimentó numerosos cambios desde los años 1970, que esencialmente corresponden a tendencias continentales y mundiales, en ocasiones influidas por especificidades nacionales. Estos cambios tienen importantes consecuencias sobre la dinámica urbana.

En el plano demográfico, la dinámica urbana está marcada por el paso de un ciclo de crecimiento que había alcanzado en los años 1960 tasas muy elevadas, a escala mundial, a un ciclo de disminución del crecimiento, simultáneamente con la aparición de formas de movilidad espacial cada vez más complejas, que se desviaban del modelo de la migración rural-urbana dominante en otro tiempo. Estos cambios han sido acompañados por una renovación de la aproximación clásica al proceso de urbanización y de concentración urbana. El crecimiento demográfico de las ciudades y su expansión espacial han concentrado desde hace tiempo la atención de los poderes locales y de los investigadores, como también han demandado interés la segregación socioespacial, el desarrollo de barrios marginados, en general, la pobreza urbana. Retrospectivamente, los estudios realizados en esta época frecuentemente parecen impregnados de una visión alarmista sobre la urbanización, pues ven en la “explosión urbana” o en el “gigantismo” de las ciudades el estigma de una “crisis urbana” que afecta al conjunto de la sociedad. En las décadas de los años 1980 y 1990, esta visión

2 Debido a restricciones de orden estadístico, se consideraron esencialmente los censos de 1973 y de 1993 (cfr. la presentación de las fuentes de información en el anexo 2).

ha cedido progresivamente el paso a enfoques más diversos sobre el hecho urbano, a medida que las tasas de crecimiento disminuían y que las grandes ciudades se convertían en el marco de vida cotidiana para poblaciones cada vez más numerosas³ y todavía jóvenes. Las ciudades colombianas –menos marcadas por el contexto de urgencia y de informalidad que había caracterizado al período anterior– han entrado hoy en una fase de relativa “madurez”, en la que la gestión del “stock urbano” acumulado en el curso de los decenios precedentes –en vía de densificación e incluso de regeneración– constituye ahora un problema a menudo más importante que la expansión de los barrios periféricos. Esta última se plantea además en términos renovados, en la medida en que ocurre esencialmente más allá de los límites administrativos de las ciudades centrales, lo que suscita desafíos de orden institucional, a escala metropolitana y a veces regional, una situación antaño rara en Colombia fuera del área urbana de Medellín.

En el plano político, a pesar de la persistencia de una situación interior muy conflictiva, desde los años 1980 Colombia ha conocido un doble proceso de democratización⁴ y descentralización que culminó con la adopción en 1991 de una nueva Constitución. Esta Constitución entrañó muchas reformas legales e institucionales, especialmente en términos de ordenamiento territorial: incremento en las competencias de las colectividades locales y medidas de saneamiento financiero, incitación y luego obligación de proceder a una planificación municipal y urbana, etc. Las implicaciones de estas reformas, que fueron concebidas para mejorar las condiciones de ejercicio y la eficacia de la acción pública, son *a priori* importantes en términos de gestión y de dinámica urbanas. Hoy sólo se pueden medir sus efectos en el largo plazo.

En el plano económico, el fracaso del modelo latinoamericano de desarrollo –usualmente llamado “sustitutivo”– ha sido menos violento en Colombia que en otras partes durante la década de los años 1980, especialmente gracias a los efectos positivos del narcotráfico, en su apogeo durante ese período. Esta

3 En 1993, tres de cada cuatro ciudadanos vivían en ciudades de más de 100.000 habitantes.

4 Una democratización conducida simultáneamente “desde arriba” a través de la designación de un número creciente de cargos públicos por vía electoral (y un control reforzado de los representantes del Estado), y “desde abajo” mediante la implementación de numerosas e innovadoras formas de “participación ciudadana” en los asuntos públicos locales.

relativa tregua no le impidió a Colombia entrar en el mismo giro neoliberal que el resto del subcontinente en los años 1990, al abrir su mercado interno al comercio internacional y a las inversiones extranjeras, y al proceder a una serie de ajustes estructurales que implicaron una redefinición del rol del Estado y una modificación de sus reglas de intervención en la esfera económica. Allí también las consecuencias urbanas de esos cambios son importantes: el campo de acción de los gobiernos locales se desplazó, la naturaleza de las relaciones entre el Estado y el sector privado (sector inmobiliario, empresas de transporte, establecimientos comerciales, etc.) evolucionó, y las empresas de servicios públicos, que habían contribuido ampliamente a “hacer” la ciudad desde el principio del ciclo de crecimiento urbano acelerado —a mediados del siglo xx—, igualmente contemplaron la transformación de su papel y su modo de funcionamiento.

Las décadas de los años 1980 y 1990 también produjeron un giro cultural mayor cuyo eco, menos centrado *stricto sensu* sobre la problemática urbana, no obstante es discutido ampliamente en esta obra: el “viraje étnico”, consagrado por el reconocimiento en la Constitución de 1991 del carácter multiétnico y pluricultural de la Nación. Antes focalizado en las reivindicaciones territoriales de las comunidades indígenas y frecuentemente vinculado, por eso mismo, a conflictos agrarios, el problema étnico regresa bajo una perspectiva más amplia, a la vez identitaria, cultural, territorial, social y política. El reconocimiento de las minorías étnicas indígenas y afrocolombianas⁵, la aceptación

5 Sobre la definición de categorías étnicas en Colombia, cfr. el anexo 3. El reconocimiento de las “comunidades negras” es una verdadera novedad. La categoría concierne especialmente a las poblaciones ribereñas del Pacífico, descendientes de los antiguos esclavos y de individuos libres refugiados allí a lo largo del tiempo, y cuyo mestizaje fue débil. La Costa Pacífica también es una de las regiones más rurales y pobres de Colombia. El reciente movimiento de urbanización de estas poblaciones en las ciudades de la costa o del interior (como Cali), así como la progresiva integración del litoral Pacífico al mercado mundial (especialmente gracias a las actividades extractivas), han contribuido a movilizar políticamente a esas poblaciones afrocolombianas en torno a reivindicaciones al mismo tiempo culturales, territoriales, ecológicas, económicas y sociales (vivienda, educación, trabajo, etc.). En el conjunto de esta obra, hemos decidido escribir las denominaciones étnicas o raciales en minúsculas. Eso nos parece preferible a ceder al uso corriente que

de las discriminaciones de las cuales han sido –y siguen siendo hoy– víctimas durante la historia nacional, condujeron a una serie de medidas en favor de esas poblaciones, como la Ley 70 de 1993 en beneficio de las comunidades negras. Mediante esas medidas, bastante radicales, el Estado reconoce los derechos colectivos de las poblaciones indígenas y negras sobre cerca de un tercio del territorio nacional. Si bien esos nuevos “territorios étnicos” en su mayoría están localizados en zonas rurales periféricas, sus repercusiones sobre la temática urbana no son pocas, sobre todo para las poblaciones afrocolombianas. En primer lugar porque la toma de conciencia y la movilización de estas últimas y de sus líderes han sido frecuentemente asuntos propios de las elites urbanas⁶. En segundo lugar porque los “territorios étnicos” han replanteado el problema de las relaciones ciudad-campo en un contexto en el que el estudio de las movilidades individuales ha mostrado claramente que los emigrantes que han abandonado sus lugares rurales de origen conservan frecuentemente un lazo fuerte (y cíclico) con ellos. Por último, porque el retorno de consideraciones étnicas y raciales al debate público ha permitido replantear el problema de las discriminaciones hacia las minorías en general, un problema que la opinión generalizada muchas veces considera como menor en Colombia, especialmente cuando se lo compara con la agudeza del mismo problema en Estados Unidos. Pero una mirada más atenta sobre el tema muestra que, por el contrario, este problema conserva toda su pertinencia, especialmente en el medio urbano, donde el racismo es susceptible de volver a dar a los conflictos clásicos de la segregación socioespacial y del ostracismo cultural una dimensión suplementaria, en particular para las poblaciones negras.

transforma un aspecto aproximativo y socialmente construido en una categoría de pertenencia, para la cual el sustantivo, expresado en la escritura gracias a la letra mayúscula, reenvía a la idea de una identidad que sería “objetiva” y casi “natural”.

- 6 Los indígenas de Colombia no aparecen por el momento como actores sociales muy representados en la ciudad ni asociados con reivindicaciones urbanas, especialmente en razón de su escasez demográfica, de su residencia mayoritariamente rural y de la vinculación histórica de los movimientos indígenas a la recuperación de sus territorios “ancestrales”, raramente localizados en las ciudades.

LA RENOVACIÓN DE LAS TEMÁTICAS
DE INVESTIGACIÓN URBANA EN COLOMBIA

En un contexto científico fuertemente marcado por las corrientes estructuralistas (como la Escuela de la dependencia), la investigación urbana en Colombia, de una calidad muy frecuentemente desconocida en el exterior, ha privilegiado durante mucho tiempo una lectura institucional y funcional de la ciudad en la interpretación del hecho urbano y de los movimientos sociales que lo acompañan, haciendo hincapié en las estructuras subyacentes a la organización de la sociedad y del espacio, así como los mecanismos que operan en escala menor: movimiento nacional de crecimiento y de concentración urbana, dependencia Sur-Norte inherente al sistema capitalista, y más recientemente viraje neoliberal y globalización. Estas aproximaciones en general proceden en forma segmentada. Así, son examinados por turno los mecanismos del crecimiento urbano, los flujos migratorios y las características demográficas de las poblaciones urbanas, la morfología urbana con el crecimiento incontrolado de los barrios periféricos y los procesos de segregación socioespacial, e incluso las políticas urbanas y el protagonismo de los actores sociales sobre el escenario urbano local.

A lo largo del tiempo, la investigación sobre las ciudades colombianas ha integrado progresivamente nuevas temáticas, especialmente con la transición ya mencionada hacia una nueva fase del crecimiento urbano, indisociable ella misma de un cambio de modelos políticos y económicos, y también bajo la influencia de nuevos paradigmas científicos difundidos en el país durante las décadas de los años 1980 y 1990. La descentralización, la democratización de la gestión urbana, la participación ciudadana, la cultura urbana y el reconocimiento de identidades individuales y colectivas, el medio ambiente, etc., han ocupado un lugar cada vez más importante en el campo de los estudios urbanos.

Uno de los cambios más significativos quizás ha sido el reconocimiento del papel de los habitantes como actores de pleno derecho en la producción de la ciudad, por sus prácticas individuales o familiares y por su modo de vida. Mal conocido durante mucho tiempo, este papel está hoy ampliamente valorado tanto por los científicos como por los políticos. Colombia dispone hoy de una serie de estudios realizados en diferentes ciudades en los años 1990, que han aplicado diferentes métodos de recolección y análisis, lo cual

permite examinar mejor los comportamientos residenciales de los habitantes y su papel en el desarrollo urbano: encuestas demográficas, enfoque antropológico, análisis biográficos, análisis sistemático de datos tanto cuantitativos como cualitativos.⁷

El cruce entre los distintos tipos de aproximación a la ciudad evocados aquí, el uno “por arriba”, institucional y estructuralista, y el otro “por abajo”, más individual y biográfico, ahora es concebido como necesario por numerosos autores. Pero raras veces ha sido conducido en forma sistemática, y mucho menos de manera sistémica.

GÉNESIS DE UN PROYECTO INTERDISCIPLINARIO

Es precisamente esta voluntad de emprender una lectura de las ciudades colombianas entrecruzando los ángulos de ataque y las disciplinas, la que ha guiado el espíritu del equipo movilizado por la redacción de la presente obra.

Organizado de manera informal al principio, sobre la base de un conocimiento recíproco de investigaciones urbanas y sociales emprendidas por diferentes investigadores franceses en Colombia y en otros países latinoamericanos, el colectivo reunido en esta obra se constituyó formalmente a principios del año 2000, en respuesta a una convocatoria de investigaciones del *Réseau Amérique Latine -GIS-*, que nos condujo a elaborar un programa titulado “Recomposiciones urbanas en América Latina: una lectura estructurada a partir del caso colombiano”. En ese momento, sin ideas preconcebidas sobre la forma precisa que tomarían los resultados de esta colaboración, los investigadores comprometidos tenían la inquietud muy clara de poner en común sus saberes, métodos, conceptos, terrenos y resultados de investigación respectivos, para elaborar una lectura cruzada del hecho urbano en Colombia. Esta lectura debía permitir a cada uno de ellos —aprovechando la experiencia, el saber-hacer y el anclaje disciplinario o epistemológico de los otros miembros del equipo— exponer sus trabajos a la perspectiva de los demás y analizarlos bajo nuevas luces. Conducida así, la confrontación entre los principales resultados nos ha

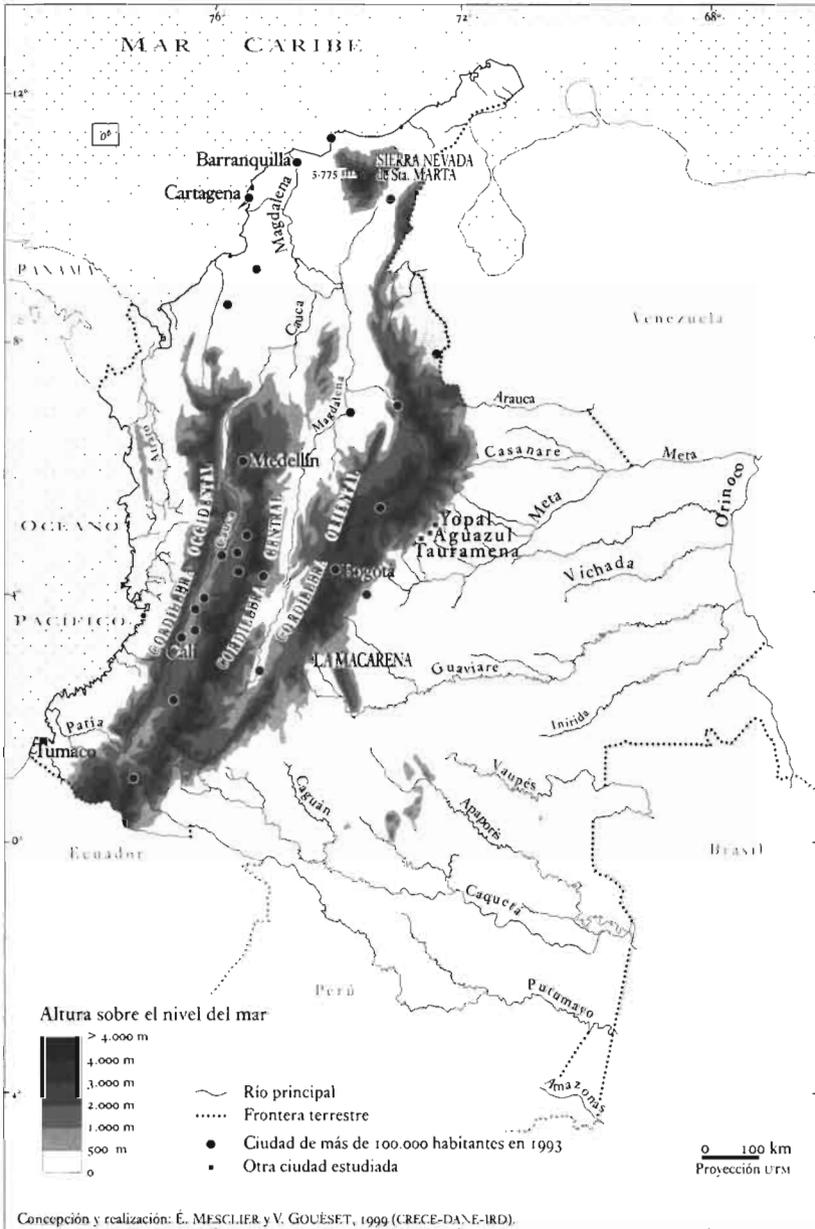
7 Cfr. la presentación de las fuentes de información en el anexo 2.

permitido sacar partido nuevamente de nuestros respectivos materiales, para producir nuevos conocimientos respecto a los resultados alcanzados en cada uno de los programas de investigación, innovaciones que sólo el cruzamiento de perspectivas y las colaboraciones alcanzadas al interior de cada capítulo han hecho posibles.

Por ejemplo, es así como el conocimiento íntimo de las prácticas individuales y familiares del espacio urbano, reinscrito en un campo migratorio ampliado y que funciona en forma cíclica, abre nuevas pistas sobre la acción pública y las políticas de la ciudad en una metrópoli como Bogotá. Paralelamente, los trabajos de análisis espacial sobre la dinámica de la red urbana colombiana alcanzan un nuevo relieve cuando se sitúa de nuevo el crecimiento de las ciudades en la óptica de las estrategias migratorias y los comportamientos demográficos de los individuos y las familias. Inversamente, el conocimiento de esta dinámica de conjunto de la red urbana colombiana en el largo plazo confiere al trabajo sobre las migraciones un marco que permite situar mejor los movimientos de las poblaciones. En otro registro, las investigaciones sobre la violencia alcanzan, una vez reinscritas en el contexto de las dinámicas urbanas, una nueva orientación que enriquece, en contrapartida, el ya amplio espectro de los estudios sobre la violencia en Colombia. Otro ejemplo es la inclusión de la variable “étnica” apprehendida bajo un ángulo socioantropológico, que aclara bajo nuevas luces el problema –clásico en las ciudades de América Latina– de la segregación socioespacial, mientras que, a la inversa, una entrada estrictamente urbana contribuía a cambiar sensiblemente la perspectiva de los estudios sobre el hecho étnico en Colombia, más centrados de ordinario sobre los indicios y las marcas identitarias “tradicionales” de las sociedades respectivas, más rurales en su origen. El cambio de escala que ha impuesto a cada uno este esfuerzo colectivo, confrontando los terrenos de estudio (presentados en el Recuadro 0.1 y en el mapa 0.1) y oponiendo el caso de las ciudades muy grandes como Bogotá, al de las ciudades a veces muy pequeñas como Tauramena, siempre reinscribiendo el conjunto de esas observaciones en el contexto de un sistema urbano nacional, añade un atractivo suplementario al ejercicio.

El equipo de investigadores reunido para la elaboración de esta obra, fortalecido a través de experiencias bastante extensas de investigación en proyectos binacionales, se sitúa en la convergencia de dos comunidades científicas, francesa y colombiana. Apoyándose sobre un conocimiento preciso de la

MAPA O. I
RELIEVE DE COLOMBIA Y CIUDADES ESTUDIADAS



Edición: O. PISSOAT

realidad colombiana, los investigadores se esforzaron por aportar una “lectura cruzada” sobre las ciudades, extrayendo de los debates los paradigmas y los métodos respectivos de las dos comunidades, así como el bagaje conceptual de su disciplina: la geografía, el urbanismo, la sociología, la antropología, la demografía o la estadística. Conscientes del desfase cultural —e incluso epistemológico— que puede existir entre Francia y Colombia, y de sus riesgos (el etnocentrismo, consciente o inconsciente) pero también de sus ventajas (la de una exterioridad científica y afectiva —en realidad muy relativa— respecto al objeto de estudio), nos hemos preocupado por sacar partido de esa posición intermedia aprovechando nuestro bagaje científico francés cada vez que era posible, pero evitando siempre introducir precipitadamente conceptos inapropiados para la realidad colombiana. Del mismo modo, nuestro deseo es situar de nuevo este estudio de la realidad nacional colombiana en una perspectiva latinoamericana, incluso internacional, con el fin de hacerlo parte de la especificidad y de la universalidad de los hechos analizados, y con el objetivo de “des-singularizar” el caso colombiano, frecuentemente considerado como único en el campo de las ciencias sociales. Los seminarios de reflexión desarrollados para cada capítulo —a los que fueron invitados sistemáticamente investigadores que trabajan en otras regiones de América Latina y del mundo— han respondido a este esfuerzo de confrontación dialéctica.

LA ELECCIÓN DE TEMAS Y LUGARES

Sin duda, resultaba imposible tratar todas las recomposiciones urbanas. Las políticas urbanas nacionales, por ejemplo, no habían sido objeto de investigaciones en profundidad, al igual que los sistemas productivos urbanos. La diversidad misma de las mutaciones urbanas abordadas en los trabajos de los investigadores del equipo también impedía tomarlas en cuenta en su integridad. Dos preocupaciones guiaron nuestra elección: la voluntad de producir resultados complementarios a los conocimientos ya adquiridos sobre las ciudades de Colombia; y la inquietud de proponer, a partir de nuestros estudios particulares, lecturas más generales sobre las ciudades colombianas que pudieran contribuir a los debates en curso entre la comunidad científica internacional.

Sólo un pequeño número de ciudades había sido objeto de trabajos en profundidad. A partir de ese panel compuesto por siete ciudades, no se pretendía aprehender el conjunto de transformaciones en curso en las ciudades de las diferentes regiones de Colombia. Pero en este conjunto de ciudades, variado tanto en términos de tamaño como de localización, las recomposiciones urbanas se cumplen con una intensidad particular. La diversidad de enfoques aplicados en esas ciudades y la riqueza de las informaciones recogidas permitían considerar colaboraciones novedosas, en el cruce entre un enfoque macro y una aproximación micro al hecho urbano.

Es el resultado de estos trabajos lo que se propone compartir aquí con los lectores que no trabajan sobre Colombia: se trata de una lectura de la ciudad “estructurada” a partir de nuestras experiencias colombianas, que podría ser confrontada con otras situaciones, latinoamericanas o mundiales⁸.

RECUADRO 0.1

SOBRE LOS LUGARES ESTUDIADOS EN ESTA OBRA

Colombia (organización administrativa del territorio)

Con una superficie total de 1.141.748 Km², el territorio colombiano está subdividido, según la Constitución de 1991, en tres niveles: la Nación, los departamentos (32 más el Distrito Capital de Bogotá: mapa 0.2) y los municipios. Colombia cuenta actualmente con 1.098 municipios, de los cuales tres gozan de un estatus específico: Distrito Turístico (Cartagena y Santa Marta) o Industrial y Portuario (Barranquilla). La descentralización ha reforzado la autonomía de los departamentos y más aún la de los municipios. Igualmente, la nueva Constitución prevé la existencia de otras entidades territoriales a escala regional o local, como los “Territorios” de las comunidades indígenas y negras (entidades inframunicipales) e incluso las “Áreas Metropolitanas” (entidades intermunicipales), poco numerosas y que funcionan con problemas pues limitan especialmente la autonomía de los municipios comprometidos.

Ciudad

El DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística) considera que la población urbana corresponde a las cabeceras municipales. Para el análisis del sistema de ciudades realizado en el capítulo primero, hemos utilizado un umbral estadístico más restrictivo de lo urbano, considerando sólo las cabeceras municipales de más de 15.000 habitantes en 1993.

8 Para mayores precisiones, consultar las definiciones del anexo 3.

Entre las 164 ciudades así definidas en Colombia, ocho son áreas metropolitanas constituidas por la conurbación de varias cabeceras municipales. Cada ciudad está subdividida en zonas, designadas bajo el término de comunas en los municipios ordinarios (Cali tiene 21) y de localidades, en Bogotá (que cuenta con 19 localidades urbanas y la localidad rural de Sumapaz).

Bogotá

Capital de la República de Colombia, en el corazón de una aglomeración de más de seis millones de habitantes. La ciudad goza del estatus de “Distrito Capital”, independiente del Departamento de Cundinamarca aunque se encuentra situada en él (y también es su capital). Su estatus es semejante al de los otros municipios del país, pero también goza de prerrogativas que se le confieren a los departamentos. El crecimiento de la ciudad invade hoy una vasta corona metropolitana (suburbios y municipios periféricos) poblada por cerca de 0,7 millón de habitantes en 1993. El relativo aislamiento geográfico de Bogotá, situada a 2.600 m. en una altiplanicie de la Cordillera Oriental de los Andes (la Sabana), ha limitado desde hace tiempo su crecimiento y ha permitido la expansión de metrópolis que compiten con ella (p. ej., Medellín, Cali, Barranquilla). Esta desventaja se ha superado hoy y la ciudad concentra una parte creciente de la economía nacional, especialmente en las ramas de actividad más modernas, lo cual la convierte en la ciudad más atractiva para las migraciones de población.

Cali

Capital del Departamento del Valle del Cauca, poblada por 1,8 millones de habitantes según el censo de 1993, Cali se ha convertido —durante un siglo de rápido crecimiento— en la metrópoli indiscutible del suroccidente colombiano. Abierta al Pacífico gracias al puerto de Buenaventura, la ciudad se ha beneficiado ampliamente del dinamismo de la rama agroexportadora local (azúcar y café), al igual que de una temprana afluencia de inversiones extranjeras que han favorecido el desarrollo de una industria moderna. Esta coyuntura positiva le ha valido recibir importantes flujos migratorios de todo el suroccidente de Colombia, y hoy le permite proyectarse sobre una amplia región metropolitana que se extiende a parte del departamento vecino del Cauca. También es, gracias a las poblaciones provenientes de la Costa Pacífica y a las antiguas zonas de plantación del Valle, una de las ciudades más “afrocolombianas” de la región andina. A mediados de los años 1990, el crecimiento económico de Cali sufrió una brusca caída ligada al deterioro de la coyuntura nacional, gravemente complicada debido al desplome de los carteles locales de la droga. Esta recesión, acompañada por una muy grave crisis social, hoy pesa seriamente sobre la economía caleña.

Cartagena

Segunda ciudad de la costa Caribe, con 700.000 habitantes en 1993, Cartagena heredó de su pasado colonial el esplendor de sus monumentos –que le valieron ser inscrita como patrimonio mundial de la humanidad en 1984– pero también heredó el mestizaje de su población, lo que recuerda que fue el primer puerto esclavista de la actual Colombia.

Cartagena, que ha sufrido durante mucho tiempo la competencia de Barranquilla, mejor situada en la desembocadura del río Magdalena sobre la costa, ha conocido fases alternadas de decadencia y recuperación desde la independencia. El destino de Cartagena, bastante dependiente de factores exógenos (p. ej., base militar, actividades industriales y portuarias) hoy está especialmente ligado al desarrollo del turismo nacional e internacional. La huella del turismo refuerza la dualidad de una ciudad muy marcada por las desigualdades y por una segregación no exclusivamente social sino también racial.

Tumaco

Segundo puerto del Pacífico colombiano y segunda ciudad del Departamento de Nariño, Tumaco era una ciudad mediana de 65.000 habitantes en 1993, situada en el corazón de una región pobre y periférica. Su historia está marcada por el sello de la esclavitud, a imagen de la fuerte polarización sociorracial que todavía hoy estructura el espacio y la sociedad tumaqueños. La ciudad, que vive al ritmo de los ciclos de actividades extractivas dominantes desde siempre en la economía local (minas, recursos forestales, acuicultura e incluso, más recientemente, tráfico de drogas), ocupa no obstante una posición de interfase estratégica entre el campo de la costa y las ciudades de los Andes.

Yopal, Aguazul, Tauramena

Yopal, capital del Casanare, contaba con 43.000 habitantes en 1996, mientras que Aguazul y Tauramena sólo estaban pobladas por 11.000 y 7.000 habitantes respectivamente. Casanare es un vasto departamento periférico y rural del nororiente de Colombia, que permaneció poco poblado y débilmente urbanizado hasta el descubrimiento de yacimientos petroleros cuya explotación, a principios de los años 1990, entrañó un crecimiento económico y una afluencia migratoria espectaculares. Tauramena y Aguazul eran el asiento de dos gigantes pozos petroleros, Cusiana y Cupiagua. Hasta fines de los años 1990, ningún pozo era explotado en el territorio municipal de Yopal, pero la ciudad era sede de numerosas actividades petroleras y de prospección intensa.

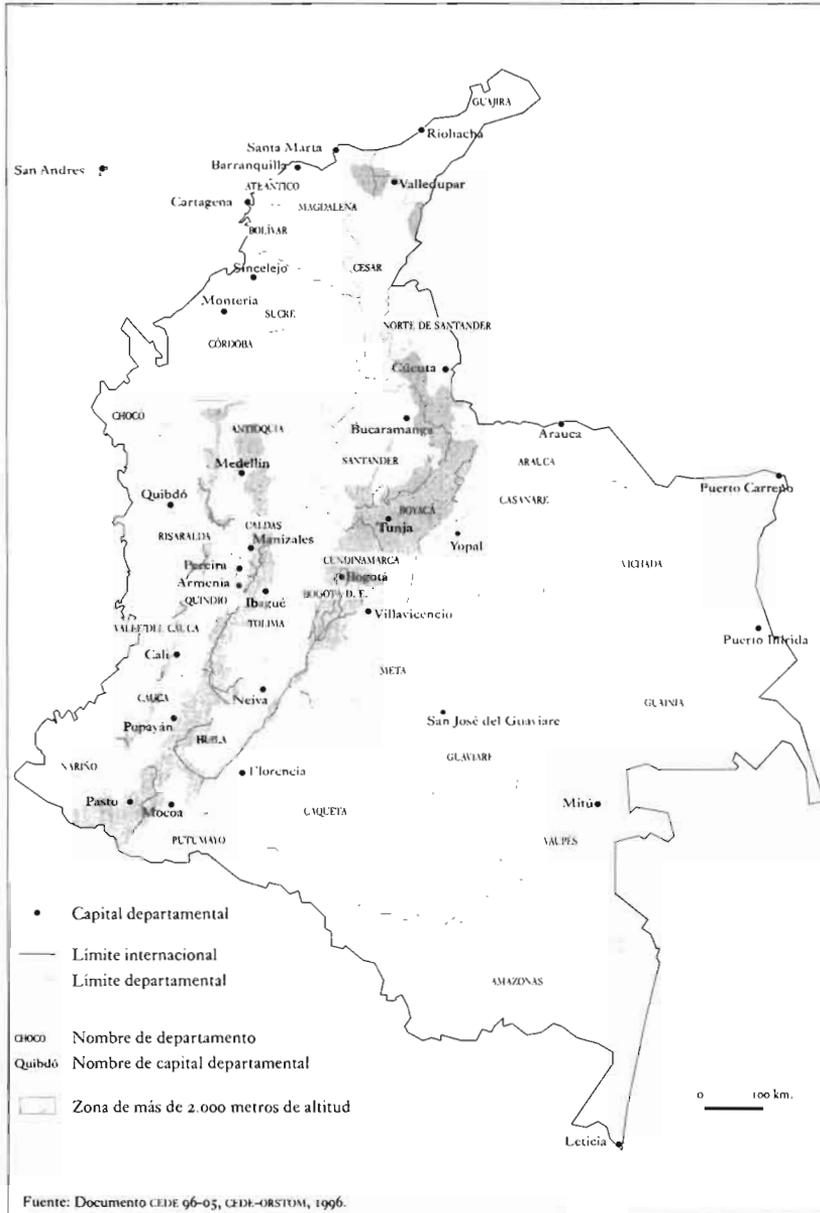
ORGANIZACIÓN DE LA OBRA

El primer capítulo realiza un ejercicio inédito en Colombia: trazar un cuadro general de la dinámica de la red urbana colombiana en el curso de un período

reciente (1973-1993, a veces remontándose, siempre que sea útil y posible, hasta el censo de 1951), tratando de identificar –a partir de métodos de análisis espacial– los procesos de crecimiento, difusión y concentración urbana a escala nacional, así como los principales factores demográficos del crecimiento (movimiento natural, aporte migratorio, características de la población urbana). Esta primera aproximación –que permite poner de manifiesto la existencia de varios modelos regionales de urbanización, representados en forma gráfica– muestra el carácter sistémico de la dinámica urbana en Colombia. Ésta obedece a lógicas frecuentemente próximas a las observadas en Europa, que son relativamente independientes de la coyuntura económica de las ciudades o de las políticas públicas dirigidas al respecto y que son más sensibles a parámetros estrictamente demográficos o espaciales: efecto del tamaño inicial de las ciudades, de su localización en la malla urbana nacional, de la densidad del poblamiento rural de los alrededores, e incluso de la distancia respecto a las más grandes metrópolis. Igualmente, el crecimiento de las ciudades es muy sensible a los flujos migratorios, que favorecen a las ciudades más grandes y sus periferias. Este estudio previo nos demuestra que ninguna ciudad puede ser aislada del contexto urbano nacional: todas evolucionan en forma interdependiente con el resto de la red, lo que relativiza el peso de los factores económicos, políticos y culturales propios de cada una de ellas.

A continuación, el Capítulo Segundo se concentra en el factor que introduce las más grandes desigualdades en las trayectorias de crecimiento demográfico de las ciudades: la movilidad espacial. El estudio se apoya en el análisis tanto de la información clásica de los censos sobre las cifras y las características de los migrantes, como de la información recogida en las encuestas realizadas entre 1993 y 1998 en Bogotá, en las ciudades del Casanare, en Cali y en el municipio de Tumaco. Estas recolecciones permiten aprehender, a nivel de los individuos y de sus unidades familiares, los cambios de residencia duraderos y también los movimientos pendulares, las movilidades circulares o las prácticas multiresidenciales. Los ejemplos analizados muestran una evolución general reciente en los comportamientos migratorios que atraviesa los contextos locales. La intensificación de la movilidad, la diversificación de sus formas y los cambios en la orientación y en la composición de los flujos que caracterizan a los años 1990, afectan en forma nueva a los lugares que dicha movilidad pone en relación. La diferenciación de los comportamientos

MAPA 0.2
MALLA ADMINISTRATIVA EN 1993



Concepción y realización: F. DURFALU y O. PASSOT

migratorios, abundantemente ilustrada, testimonia la diversidad de registros de la movilidad pero también las restricciones en su gestión por los individuos y las unidades familiares. En cambio, lo que permanece constante es el principio de un espacio de reproducción multilocal, y la tendencia que muestra a ampliarse considerablemente, trastornando la organización tradicional en cuencas migratorias regionales alrededor de las metrópolis colombianas, al igual que los modos de administración y gestión del territorio.

El Capítulo Tercero introduce una nueva escala, la del análisis intraurbano de las grandes ciudades colombianas, a partir de los ejemplos de Bogotá y Cali. Dirigido bajo una perspectiva comparativa y diacrónica (de los años 1970 hasta fines de los años 1990), este estudio pone en relación los modelos de desarrollo metropolitano, las distribuciones espaciales de las densidades y las divisiones sociales del espacio. Se examina el papel de los habitantes a través de sus lógicas residenciales y sus prácticas de movilidad en la producción de formas metropolitanas contemporáneas. Recíprocamente, se consideran las modificaciones en los comportamientos de los habitantes impuestas por la evolución de las estructuras metropolitanas. En Colombia, el proceso segregativo marca profundamente los sistemas de representación de los distintos actores urbanos, habitantes y responsables, sin que el tema haya sido objeto de un análisis en profundidad. El acceso a los archivos individuales de los censos y los datos sobre la movilidad intraurbana recogidos en nuestras encuestas permiten emitir un diagnóstico –inédito, preciso, en diferentes escalas– de la dinámica del poblamiento y de las divisiones sociales en las dos ciudades. El ejercicio pone en evidencia el cambio de modelo de crecimiento de Bogotá, bien avanzado: la dinámica de expansión periférica ha cedido su lugar a una dinámica dominada por la redistribución de las poblaciones en el espacio, asociada con una diversificación de las escalas de la segregación residencial. En Cali, la herencia histórica de una división social del espacio en grandes bloques, en toda la ciudad, perdura y se extiende a la periferia. El estudio de la dimensión racial de la segregación también muestra que en Cali no existe un gueto racial en el sentido que tiene este término en Estados Unidos; no obstante, existe segregación residencial de la población negra, que se expresa en escalas y bajo modalidades variables en función de la pertenencia social.

El Capítulo Cuarto profundiza en el problema de la construcción identitaria en la ciudad, y en las relaciones recíprocas entre identidades urbanas y

estructuras urbanas: ¿cómo se combinan las “identidades urbanas” o se oponen a otras modalidades de afirmación identitaria, especialmente sociorracial y étnica?, ¿de qué modo contribuyen las pertenencias raciales y étnicas a la producción de la ciudad?, ¿cómo son producidas ellas por la ciudad? Éstas son algunas de las preguntas que aborda este capítulo a propósito de las poblaciones afrocolombianas. La decisión adoptada fue confrontar voluntariamente tres aproximaciones diversas, en tres ciudades de tamaño e historia contrastados: en Cali, el análisis estadístico de los determinantes de las inscripciones identitarias étnicas o raciales declaradas en una encuesta cuantitativa; en Cartagena, el análisis antropológico de situaciones de interacción entre personas que consideran sus pertenencias raciales como diferentes; en Tumaco, el abordaje en términos de geografía e historia política en el largo plazo. El cruzamiento de las conclusiones alcanzadas en los tres contextos urbanos es rico en enseñanzas sobre los procesos de construcción de la identidad negra en la ciudad, eminentemente diversos y dinámicos, pero que tienen un punto de partida en común: la percepción de un componente propiamente racial en la segregación residencial y en la exclusión socioeconómica. Los ejemplos tratados a lo largo del capítulo también permiten proponer una nueva lectura sobre las relaciones ciudad-étnicidad, en la cual los problemas de escala y de contexto adquieren una pertinencia particular. En efecto, la relación identidad-territorio, lejos de desaparecer en el medio urbano, se expresa allí bajo escalas y modalidades diversas, a través de prácticas urbanas que testimonian, más que los espacios, la existencia de pertenencias sociorraciales.

En un país marcado a la vez por un conflicto armado particularmente sangriento y por la urbanización creciente de la población, las ciudades constituyen nuevos soportes para el despliegue de la violencia. Pero la violencia en la ciudad, objeto del Capítulo Quinto, ha sido poco estudiada aún, a diferencia de la violencia política, que se ha convertido en todo un campo tradicional de la investigación en Colombia, con sus propios especialistas: los “violentólogos”. En primer término, este capítulo traza un diagnóstico espacial de la violencia homicida en el conjunto de los municipios del país desde 1982 a 1998, y en las ciudades de Cali y Bogotá a fines de los años 1990. Este análisis vuelve a poner en cuestión los discursos clásicos asociados con la generalización de la violencia. La violencia en las ciudades colombianas permanece, en su mayo-

ría, como imputable a actores distintos a los del conflicto armado: en Cali y Bogotá, la violencia homicida está principalmente marcada por las dinámicas de penetración del bandolerismo en la ciudad. El análisis de la delincuencia menor (principalmente los robos) en Cali en 1998, realizado a partir de una encuesta de victimización, vuelve a poner a la orden del día las interpretaciones ligadas a la ruptura del lazo social y la exclusión económica. En la capital caleña, sometida entonces a una recesión económica y una crisis social sin precedentes, salen a la luz factores dejados de lado por los violentólogos. Así ocurre, por ejemplo, con la pobreza, abandonada a justo título en la explicación del fenómeno a nivel nacional, pero cuya consideración resulta imperativa respecto a las grandes ciudades. La sobreexposición de la población negra a la delincuencia común realmente constituye una dimensión importante de la segregación étnica en Cali.

Para terminar, el Capítulo Sexto vuelve sobre una cuestión relativamente clásica en Colombia: la de la gestión de las ciudades por parte de sus actores institucionales, concentrándose en el caso de Bogotá. El crecimiento y el tamaño de esta ciudad, la complejidad de los desafíos sociales y espaciales que la caracterizan, el aspecto voluntarista y con frecuencia innovador de las políticas urbanas —de las cuales se ha beneficiado desde hace tiempo—, al igual que la riqueza de estudios y la cantidad de fuentes disponibles sobre Bogotá, hacen de esta capital una figura ejemplar de acción pública urbana en Colombia. El interés de esta sección es múltiple. No sólo procede a realizar un inventario de las políticas públicas implementadas en esta ciudad desde los años 1950, sino que además busca, cada vez que resulta posible, confrontar la acción pública con sus resultados, ofreciendo indicaciones precisas sobre la evolución de los principales sectores de intervención pública. Así, permite tener una idea de conjunto sobre los efectos —o la ausencia de efecto— del control de la expansión urbana, de las políticas de vivienda (especialmente popular), de la oferta de servicios públicos domésticos, de la gestión de los transportes e, incluso, de las reformas institucionales y democráticas desde la escala de la localidad hasta la de la región metropolitana. Un examen atento de las políticas sectoriales permite tanto objetar una crítica reiterada sobre la ineficacia de la acción pública, como mostrar los límites de las reformas implementadas en materia de descentralización, de democratización y de promoción de nuevas formas de participación ciudadana.

La confrontación de este capítulo con los que lo preceden, sobre la dinámica de la red urbana nacional, las movilidades espaciales, las formas de segregación socioespacial e incluso sobre las manifestaciones de violencia intraurbana, permite finalmente establecer una síntesis raramente realizada entre diferentes escalas de análisis del hecho urbano colombiano, articulando estudios del sistema urbano nacional, de ciudades y de prácticas de diferentes actores urbanos, habitantes y responsables, que era justamente lo que constituía un objetivo central de este libro.

FRANÇOISE DUREAU
VINCENT GOUËSET